



---

This is the **published version** of the bachelor thesis:

Moun, Aicha; Amores, Montserrat , dir. Ciencia versus religión. El matrimonio en La familia de León Roch de Benito Pérez Galdós. 2022. 29 pag. (1499 Grau en Estudis d'Anglès i Espanyol)

---

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/264038>

under the terms of the license



**CIENCIA VERSUS RELIGIÓN. EL MATRIMONIO EN  
*LA FAMILIA DE LEÓN ROCH*  
DE BENITO PÉREZ GALDÓS**

**AICHA MOUN**

**TRABAJO DE FIN DE GRADO**  
**Grado de Estudios en inglés y español**  
**2021-2022**  
**Tutora: Montserrat Amores**  
**Departamento de Filología española**

## **ÍNDICE:**

<b>Introducción .....</b>	<b>3</b>
<b>Galdós y el renacimiento de la novela en la Restauración .....</b>	<b>4</b>
<b>Krausismo y ciencia. El “problema religioso” .....</b>	<b>8</b>
<b>Efectos del “fanatismo y las costumbres devotas”: el matrimonio de León Roch..</b>	<b>14</b>
<b>Conclusiones.....</b>	<b>26</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>28</b>
<b>Fuentes primarias .....</b>	<b>28</b>
<b>Fuentes secundarias.....</b>	<b>28</b>

## Introducción

En el presente trabajo se pretende analizar la intolerancia religiosa de una serie de personajes galdosianos frente a la actitud liberal del personaje principal masculino. Se ha tomado como base para el estudio una novela donde el enfrentamiento entre intransigencia religiosa y progreso ocupan el primer plano. La última novela de tesis de Galdós, *La familia de León Roch* (1878), examina este tema en particular y constituye el modelo perfecto de este conflicto ideológico. Teniendo en cuenta la extensión del trabajo, se analizará la novela como un espacio en el que se muestra el enfrentamiento entre ciencia y religión tomando como eje vertebrador al protagonista (representante del librepensamiento) en una lucha constante con su esposa, su cuñado (representante de la familia de Tellería) y el padre Paoletti (encarnación de la Iglesia). Producto de las interferencias cléricas, la pareja pasa por una serie de desavenencias conyugales que acaban destruyendo el matrimonio. Con esta polarización de personajes pretende Galdós denunciar el falso misticismo, el fanatismo o la devoción exagerada de las mujeres casadas o incluso la intromisión del clero en el hogar.

El propósito es mostrar de qué manera la Iglesia ejercía poder sobre los individuos para reforzar su estatus social, concretamente, los estragos que su influencia sobre la mujer producían en la vida matrimonial. La barrera entre esfera social y espacio privado apenas se divisa cuando el clero participa de manera activa en la vida familiar. Además de esto, se analizarán las consecuencias que esta intromisión desencadena en la vida personal y matrimonial. La Iglesia, lejos de propiciar la felicidad conyugal, en este caso en particular destruye la institución que ella misma ha creado, el matrimonio.

Por tanto, el estudio se basará en una selección de determinadas escenas de la novela *La familia de León Roch* en las cuales hay una discusión o debate entre los personajes en torno a la intolerancia religiosa y la libertad de conciencia y de culto. Este enfrentamiento ideológico es el principal causante del matrimonio desavenido y su consecuente disolución. Las reflexiones del protagonista acerca de su vida matrimonial se verán acompañadas de datos extraídos de la versión ficticia del ideal krausista, *Minuta de un Testamento* de Gumersindo de Azcárate (1876) así como también de la *Polémica de la ciencia española* (1876).

Para una mejor comprensión del estudio, se ha creído necesario incluir el renacimiento del género de la novela, así como también el momento histórico en que se concibió la

obra galdosiana, además de la evolución literaria de Galdós. Seguidamente, se encontrará un apartado dedicado a las ideas positivistas que circulaban en la época, concretamente el Krausismo y el desarrollo de la ciencia. Como contraposición, se ha incluido también en esta sección el “problema religioso”, mencionado por Galdós en sus “Observaciones sobre la novela contemporánea en España”, orientado fundamentalmente al papel político-social que tenía la Iglesia en la España decimonónica. Estos dos epígrafes constituyen la base del análisis, cuyo título lleva la expresión “Fanatismo y costumbres devotas”, expresión extraída de las “Observaciones”. Este apartado se centra ante todo en las reflexiones que el protagonista hace sobre su situación conyugal y las disidencias religiosas que tiene con su esposa. Finalmente, se presentan unas conclusiones en las que se recoge de manera sucinta lo referido en el análisis.

### **Galdós y el renacimiento de la novela en la Restauración**

*La familia de León Roch*, escrita en 1878 por el célebre representante de la novela realista española, Benito Pérez Galdós, forma parte del conjunto novelístico denominado por la crítica «novelas de tesis», «novela ideológica» o «novela tendenciosa». Citando a Tzvetan Todorov, Toni Dorca incluye este tipo de novela en los “géneros históricos”, es decir, un género “cuya existencia se demuestra sólo si viene acompañado de un metadiscurso más o menos coincidente con el momento histórico de su aparición” (275). Dicho de otro modo, la situación política, económica y cultural de un país se vincula a la literatura y para entender la ficción se debe tener en cuenta el contexto en que se escribió.

En la segunda mitad del siglo XIX, a partir de 1868, la novela española alcanza “un glorioso esplendor” en su renacimiento y llega a su máxima culminación en el decenio 1880-1890 (Beser, 272). Gran parte de este auge se debe a la iniciativa de Benito Pérez Galdós, pues la casi inexistencia de buenas novelas y la vasta índole de malas impulsó al autor a producir todo un conjunto de obras novelísticas de calidad (Montesinos, 27). Por tanto, desde sus inicios este género literario compartía un vínculo especial con la etapa histórica decimonónica puesto que la situación sociopolítica del país no solo impulsó la creación de esta novela galdosiana, sino que también influyó sobre manera en el resurgir del género. Según el crítico español Leopoldo Alas, fiel entusiasta de Galdós, este renacimiento es “producto de la situación histórica creada tras el movimiento revolucionario de Setiembre” (Beser, 280). La novela posee unas características formales únicas e ideales para representar la España de gran agitación social y política de finales

del XIX. Paulatinamente, el género se va refinando y puliendo de manera que se convierte en un “género imperialista”, es decir, campea a sus anchas por el ámbito de las letras y se apropiá de modos y fines de muchas disciplinas no literarias (López-Morillas, 18). La novela alcanza un prestigio en la época debido a su eficacia para ponderar la efervescente “conflictividad social, política y religiosa de los albores de la Restauración” (Dorca, 269). De ahí que actualmente se conozcan obras históricas de escritores como Galdós, Pereda, Alarcón, Valera. Estos novelistas, conscientes de la importancia e influencia del género, se sirven de él como “vehículo principal de debate social” (López, 1999: 08), ya sea adoptando una posición crítica o de alabanza frente a cuestiones de conducta, de ciencia y, sobre todo, de creencia.

Por tanto, el contexto histórico del que surge la novela ideológica es la Revolución de septiembre de 1868, también conocida como *La Gloriosa*, alzamiento militar producto del malestar político, económico y social que iba fraguándose desde años atrás. A esta rebelión le sucedió una etapa de gran inestabilidad y agitación política y social que, a pesar de derivar en la Restauración borbónica, implantó algunas ideas de carácter progresista: soberanía popular, separación de poderes, libertad de prensa, enseñanza, religión, economía y secularización del Estado. Durante la Restauración, Cánovas del Castillo instaura un sistema basado en la Constitución de 1876 y un “turno pacífico” fraudulento: un gobierno bipartidista concertado que utiliza todo tipo de prácticas corruptas para mantenerse en el gobierno. Además de esto, el clericalismo cobra protagonismo en todos los actos públicos del Estado con la instauración de la religión católica como única y oficial. Cabe mencionar también que, durante los primeros años del gobierno conservador, se tomaron medidas represivas contra las libertades que se habían permitido durante el Sexenio. Dichas medidas afectaron mayoritariamente a la prensa y a la enseñanza. De este modo, el partido canovista derogó el derecho a la libre asociación, controló la creación y la publicación de periódicos, limitó el derecho a manifestarse y, lo más importante, prohibió el derecho de cátedra con el Decreto Orovio. Alarmados por el creciente interés que suscitaban las ciencias e ideas reformadoras, el partido conservador controló tanto a los docentes como las asignaturas impartidas.

En definitiva, el problema ideológico de la sociedad decimonónica crispa tanto a los intelectuales de la época que estos responden de la única manera que saben y que les es permitida: sirviéndose de la pluma y la prensa. Dicho de otro modo, sin posibilidades de luchar abiertamente, la tensión ideológica del momento se traslada al plano literario.

Contrariamente a la novela idealista de la primera mitad del XIX, la literatura posrevolucionaria se caracteriza por ser igual de inquietante y problemática que la realidad reflejada. De todos los novelistas mencionados anteriormente, Galdós es el que mejor refleja y expresa esa España escindida. De hecho, el género de novela se renueva, se moderniza, valga decirlo, por esa «problematización» de la realidad social del escritor (López-Morillas, 30). En todas sus novelas, Galdós manifiesta el estancamiento y fracaso social, la rebeldía y posterior desengaño y pesimismo del individuo.

En la evolución literaria de Benito Pérez Galdós, Toni Dorca observa tres maneras galdosianas de contemplar la realidad: el realismo ideológico de los años setenta, el realismo naturalista en los ochenta y el realismo espiritualista en los noventa (271). Así pues, hay en Galdós un “continuo progreso porque *refleja* mejor cada día” (Beser, 283), es decir, evoluciona narrativamente de una confrontación de ideas a una caracterización subjetiva de los personajes.

En su artículo “Observaciones sobre la novela contemporánea en España” publicado en 1870, Galdós se proponía “examina[r] la situación de la narrativa española” y establecer “el camino que ha de seguir la futura novela de costumbres” (Beser, 275). Su creciente interés por aclimatar el género novelesco a la circunstancia española y su sensibilidad literaria acaban generando la llamada novela tendenciosa, que se caracteriza por conflictos ideológicos cuyos personajes tipo pertenecen a una nueva clase social emergente. Tal y como indica Beser, los personajes son simple representación de ideas, todavía no tienen ese carácter subjetivo de la novela realista y naturalista (282). Desde una perspectiva objetiva y omnisciente, el narrador describe unos hechos reales, es decir, reproduce fielmente y de manera veraz la realidad cambiante (Beser, 282).

En las novelas ideológicas el autor propone una tesis o teoría que posteriormente debe desarrollar y resolver: escritores como Alarcón y Pereda defienden a capa y espada la sociedad conservadora del XIX, mientras que otros novelistas, especialmente Galdós, reproducen artísticamente una realidad social escindida en dos. Así, la novela de tesis galdosiana expone la crisis intelectual que atravesaba la sociedad contemporánea y propone una manera de ver y juzgar el mundo que el público puede aplaudir o censurar. De ahí que las tres novelas de tesis de Galdós sean “muestra precisamente de ese aire polémico que predomina en los años siguientes a la revolución de 1868” (Beser, 277). Esta realidad de corrupción política, represión social y clericalismo de la Restauración es

la que reflejan las tres novelas de tesis de Galdós publicadas entre los años 1876-78 (*Doña Perfecta*, *Gloria* y *La familia de León Roch*).

Teniendo en cuenta la evolución literaria del novelista, estas novelas se sitúan en un punto intermedio en el desarrollo del realismo en la novela del XIX (Aparici Llanas, 09) y, a excepción de *Marienla*, “son de iniciación, de aprendizaje y desengaño en la vida” (López-Morillas, 24). Por ende, la primera etapa galdosiana constituye una especie de ensayo en la que Galdós, a partir de una misma temática, construye mundos y personajes distintos. Si algo tienen en común todas ellas es el eterno conflicto entre sociedad e individuo: “un choque violento entre una ideología individual y un estado de ánimo colectivo” (López-Morillas, 24). El personaje principal galdosiano suele encarnar virtudes, mientras que, en contraposición, la sociedad en la que este vive aparece corrompida en todas sus dimensiones. Por último, cabe destacar que, dentro de la polarización sociedad-individuo, Galdós incide sobre todo en la problemática religiosa, ya sea censurando el fanatismo o falso misticismo, o denunciando la intransigencia religiosa y la falta de libertad de conciencia y de culto. De hecho, la narrativa posrevolucionaria se basa sobre todo en la “problemática filosófica y religiosa del presente” (Dorca, 272). Testimonio de ello es el mencionado artículo de Galdós en el cual exhorta a “reflejar esta turbación honda, esta lucha incesante de principios y hechos”.

Es precisamente la problemática religiosa la base argumental de estas tres novelas ideológicas de Galdós, cuya temática o tesis principal es la defensa del progreso frente al atraso social provocado por la influencia clerical. La Iglesia, encasillada en sus valores tradicionales, impedía y corrompía el crecimiento social y moral. Por tanto, *La familia de León Roch* constituye una denuncia “[del] fanatismo destructor del hogar y la relajación moral ocasionada por la falta de verdadera religiosidad” (Aparici Llanas, 61). Por ello, la trama novelística reproduce fundamentalmente el enfrentamiento entre ideologías religiosas distintas.

Otra cuestión de gran relevancia para Galdós y que trata en las “Observaciones” es la “clase media como fuerza social y como materia novelable” (Aparici Llanas, 61). La burguesía, empoderada tras la Revolución, constituye el cuadro social adecuado para expresar los valores e inquietudes del momento histórico. Se trata de un estrato social que representa el progreso, pues fue capaz de desarrollar, y con éxito, la industria, el comercio y las profesiones liberales. Sin embargo, este nuevo estamento también tenía sus defectos, por ejemplo, “su prejuicio social y su atonía colectiva” (Aparici Llanas, 62). En lo que se

refiere a la estructura interna de esta clase, sus taras tienen que ver sobre todo con la religión. Mientras en algunos hogares la falta de creencias provoca la ruptura de lazos, en otros, se practica un fanatismo devoto sin base alguna. Esta carencia de verdadera fe es característica de la sociedad española del XIX y se refleja en las tres novelas de tesis: la realidad es descrita en todas sus dimensiones, enfocándose sobre todo en las cuestiones más espinosas de las ciencias morales y sociales (Dorca, 273). La moral social, tan viciada por el materialismo, es la base de la novela tendenciosa de Galdós. Considerada como la zona de transición entre la clase obrera y la aristocracia, la burguesía aspira al ascenso social para obtener poder e influencia. Como consecuencia, la moderación tanto económica como moral es sustituida por la laxitud, el despilfarro y la ignorancia.

### **Krausismo y ciencia. El “problema religioso”**

Una de las metas de *La Gloriosa* era acabar con el reinado isabelino y crear una sociedad laica, basada en el progreso y la tolerancia. Este ideal, sin embargo, se vino abajo con las represiones de la Restauración y con ello todo el avance que se había logrado durante el Sexenio Revolucionario. Años más tarde, varios krausistas comprendieron que su fracaso se debió al carácter utópico del movimiento, es decir, que la teoría no se ajustaba a la realidad social española, que exigía una reforma mucho más profunda.

En 1844 el filósofo y catedrático Julián Sanz del Río regresa de su viaje por Alemania, donde entró en contacto con la doctrina idealista de Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832). Esta filosofía, a pesar de no gozar de gran éxito en la metafísica, supuso una tabla de salvación y de apertura a lo europeo y al desarrollo científico en la decadente y corrupta estructura social de la España de mediados del siglo XIX (Gómez-Martínez, 56). En otras palabras, el krausismo español surge como un movimiento intelectual con bases teóricas en el krausismo alemán que responde al espíritu que animó la Revolución del 68 (Gómez-Martínez, 56). Más que un movimiento filosófico, lo que encontramos en la España decimonónica es una actitud intelectual, ante todo. Fue una adaptación y continuación del *Ideal de la Humanidad para la vida* (1811) de Krause, cuyos principios sirvieron como guía moral a los intelectuales españoles partidarios de la doctrina. De hecho, algunos de los mandamientos que allí constan se promulgaron durante la República (libertad de cultos, ley de matrimonio civil, libertad de enseñanza). Sin embargo, el gobierno conservador de la Restauración abolió estas leyes y tomó medidas drásticas contra aquellos que se oponían. Ejemplo de ello, como se ha señalado

anteriormente, es el arresto de muchos catedráticos por manifestarse en contra de la Ley Orovio, de inspiración neocatólica. Entre los varios intelectuales detenidos destaca Francisco Giner de los Ríos, discípulo de Sanz del Río y fundador, junto con Nicolás Salmerón y Gumersindo de Azcárate, de la Institución Libre de Enseñanza —que constituye, como indica su propio nombre, un espacio ético abierto a las novedades europeístas del momento, sobre todo las ciencias naturales—. Esta institución junto con el Ateneo y los cafés fueron centros de reuniones clandestinas y tertulias donde figuras de todas las ramas se congregaban e intercambiaban ideas y opiniones. Por este motivo la teoría krausista evolucionó de manera distinta en nuestro país: la influencia del ambiente polémico del Ateneo hizo que se convirtiera en un programa político que preconizaba la reforma social por vías legales y pacíficas (Rodgers, 242). Los principios morales que profesaba esta doctrina, como la libertad de desarrollo científico y la europeización, tuvieron éxito debido a ese afán de los krausistas españoles de contribuir y mejorar la sociedad.

Esta filosofía aspiraba a educar a la población para que juzgase de manera crítica su realidad. Frente al modelo educativo tradicional controlado por la Iglesia, el krausismo proponía una enseñanza laica basada en la razón. Además, esta educación no solo se orientaba a los hombres, sino también a las mujeres: “la necesidad de elevar a la mujer a igualdad con el hombre es característica para conseguir la armonía de la sociedad perfecta” (Gómez-Martínez, 57). Los krausistas hacen hincapié en el precepto de educarse y educar: no se educa solo con la docencia, sino también con el ejemplo (Gómez-Martínez, 64). La creación de esta sociedad perfecta depende, por tanto, del cultivo del hombre: “ver claro [...] y ayudar a otros a ver claro” (López-Morillas, 85). Además de esto, la educación evita que el matrimonio sea pura fórmula y constituya el sólido fundamento sobre el cual se crearía la familia (Gómez-Martínez, 60). En otras palabras, la enseñanza no solo dignifica a la mujer, sino a todo su entorno social (marido, familia, amigos, sociedad).

Por otra parte, y paralelamente, el krausismo se basa en la razón natural como origen de un conocimiento científico (Gómez-Martínez, 67). En el siglo XIX la ciencia se convierte en la principal fuente para obtener la verdad puesto que desde décadas anteriores España mostraba un manifiesto retraso en el campo de las ciencias. En Europa, sin embargo, se desarrollaron importantes teorías de corte científico y filosófico: darwinismo, evolucionismo, positivismo, postkantismo, entre otras. Por ello y a pesar de las

restricciones políticas, la Institución ofrecía a su alumnado todo un conjunto de teorías e ideas de todas las ramas difundidas en los países más avanzados. Asimismo, según los krausistas, “la razón representa un dominio dentro de la armonía espíritu y cuerpo, es decir, no pretende reprimir los sentimientos, sino dirigirlos” (Gómez-Martínez, 67). En otras palabras, esta doctrina se fundamenta en un racionalismo armónico puesto que busca un equilibrio entre lo material y lo espiritual (Rodgers, 248), así como también una conciliación entre ciencia y fe.

Además de la educación y la ciencia, la cuestión religiosa es la “base esencial del pensamiento krausista” (Gómez-Martínez, 68). Como indicaba anteriormente, el krausista aspira a una relación armónica entre ciencia y religión. Dicha armonía solo se logra si el individuo, mediante la razón, conoce a Dios y el mundo en que vive (Gómez-Martínez, 70). Si existen contradicciones entre ambas doctrinas, el hombre no será capaz de construir su ideal de vida krausista. La religión que profesa el buen krausista no sigue los principios teóricos, que suelen ir en contra del espíritu, sino “las acciones que de su religiosidad emanaban” (Gómez-Martínez, 71). Los krausistas aborrecían las costumbres devotas y el fanatismo que tan en boga estaban en la España decimonónica. Por ello se opta por buscar ese equilibrio y esa armonía entre cuerpo y espíritu, ciencia y fe.

Finalmente, el krausismo español toma y aplica un inventario de deberes morales del *Ideal* que los krausistas deben seguir y cumplir (Gómez-Martínez, 75). Se trata de la actitud que el individuo krausista debe adoptar frente las injusticias de la sociedad. En una lucha entre el bien (hombre) y el mal (sociedad), el primero se caracteriza por la ética y la segunda por la corrupción. Entre esos deberes morales, cabe destacar el perfeccionamiento de la sociedad. Como señala Gómez-Martínez, esta reforma social contaba únicamente con la educación del individuo (75) y, teniendo en cuenta el contexto político-social español, se puede entender por qué no se logró este propósito. En la sociedad española decimonónica, no hay una conciencia estricta de los deberes del hombre, solo una falsa moral guiada por las apariencias (Gómez-Martínez, 76). De hecho, se acepta lo inmoral (hipocresía, apariencias, despilfarro) y se censura lo moral (honestidad, virtud, modestia).

En 1876, el intelectual krausista, Gumersindo de Azcárate publicó una obra, *Minuta de un Testamento*, en la cual el autor manifiesta su crisis de conciencia. Por su discrepancia con los dogmas de la Iglesia, el krausista rompe con esta institución y “procede a ordenar su vida y conducta según la preceptiva moral de un racionalismo cristiano” (López-

Morillas, 82). En ella, el testador se propone formar la familia ideal basándose en los principios del *Ideal de la Humanidad* de Krause y lo logra con éxito. La obra consta de tres partes: una primera parte dedicada a su vida personal (trata cuestiones como la enseñanza, la religión, la política, la profesión, la moral y los hijos); una segunda parte dedicada a la distribución de sus bienes entre familiares y amigos; y la última parte dedicada a dar consejos y recomendaciones. Se trata, pues, de una versión ficticia en que Azcárate exhorta a sus hijos a cultivarse personal y colectivamente en todas las facultades para así contribuir a la felicidad propia y a la mejora social.

A pesar de su éxito, la *Minuta* recibió una crítica amarga porque no ofrecía “la solución concreta que permitiera edificar nuevamente lo derribado” (Gómez-Martínez, 57). En otras palabras, la solución a su crisis religiosa no eximía a la sociedad de seguir corrompiéndose política, religiosa y moralmente. De hecho, de acuerdo con Gómez-Martínez, los krausistas españoles cantaron victoria antes de tiempo porque “quisieron ir muy lejos, muy rápido contando únicamente con el lento proceso de la educación” (Gómez-Martínez, 57). La reforma social que proponían “habría de resultar del perfeccionamiento gradual del individuo por medio de la educación y del ejemplo” (López-Morillas, 84). Este proceso requería tiempo del que escaseaban los krausistas al acceder al trono Alfonso XII.

Estas ideas krausistas influyeron sobremanera en el pensamiento de Galdós, “pues [el krausismo] no solo era un tema de sus novelas, sino que era un elemento fundamental en la concepción de su tarea novelística, determinando su manera de ver el mundo y de representarlo artísticamente” (Rodgers, 242). De hecho, en las novelas de la primera época el autor representa a sus protagonistas como intelectuales krausistas que se enfrentan a una realidad social enviciada, destacando especialmente los defectos de las principales instituciones. Por tanto, Galdós “simpatiza con los krausistas, pero como agudo observador, ve la incompatibilidad entre el ideal teórico y la aplicación inmediata en su sociedad actual” (Gómez-Martínez, 57). En las tres novelas de tesis, el vencedor de esa confrontación ideológica es siempre la sociedad la cual impide de todas las maneras posibles el triunfo de las ideas progresistas. Su última novela, *La familia de León Roch*, constituye el corolario crítico de las ideas krausistas (López-Morillas, 86), pues el novelista replantea la problemática religiosa desarrollada por Gumersindo de Azcárate en la *Minuta*.

Esto es en lo que se refiere al desarrollo científico-filosófico que tiene lugar en el momento de escribir Galdós su última novela de tesis. En contraposición al Krausismo y la ciencia, se encuentra la Iglesia y el poder que esta tenía en la sociedad decimonónica española.

Durante el Antiguo Régimen, la Iglesia española tuvo un gran prestigio y dominio sobre la sociedad producto de su coalición con el gobierno y la monarquía. Dicha institución no solo ejercía influencia en los actos públicos del Estado (política y economía), sino que también dominaba la vida privada de los individuos. Sin embargo, este vasto dominio se vio cuestionado en el siglo XIX, particularmente durante el Sexenio revolucionario. Los liberales criticaban la organización interna de la Iglesia y demandaban la secularización del Estado puesto que solo así se lograría reducir su influencia. Algunas demandas de los liberales se promulgaron en la Constitución del 69 y 76 y, como era de esperar, tuvieron una reacción adversa por parte de la institución eclesiástica. Estas leyes permitieron que la sociedad se secularizase y que la población tuviese cierta libertad en su vida privada y pública. Este cambio de mentalidad y de actitud se debe sobre todo a la influencia de filosofías extranjeras. Es en los años posrevolucionarios que los individuos empiezan a pensar por sí mismos y a criticar el afianzamiento que la Iglesia tenía sobre sus conciencias. Como resultado, la institución tuvo que observar con horror cómo la moral tradicional se debilitaba, además de las apostasías y conversiones que se sucedían.

La confrontación ideológica y política entre liberales y conservadores había existido desde antes. Sin embargo, es la cuestión religiosa la que cobra fuerza en estas últimas décadas del siglo XIX debido al proceso de modernización y secularización que se produce en el resto de los países europeos. El culpable, por tanto, de esta España escindida, según la tradición católica, es el liberalismo, principal enemigo del catolicismo por sus ideas progresistas. Con la Restauración borbónica, la Iglesia tuvo la oportunidad de recuperar parte de su poder e influencia. Como era costumbre, esta recibía remuneraciones a cambio de su apoyo al nuevo gobierno. Aun así, la institución no se contentó con la confesionalidad del Estado, sino que quería más: más presencia en la vida privada y pública de sus fieles y, por tanto, más financiación estatal. Esto dio lugar a frecuentes choques entre Iglesia y Estado, cada cual marcando su territorio.

La religión de la España de finales del XIX es una doctrina de apariencias, pues no promovía una consagración individual y privada, sino que se fundamentaba en la vida social y en formulismos. Por esta razón se dio la Revolución del 68, aparte de los motivos

político-sociales detrás. Los krausistas, entre otros, consideraban que la verdadera religión es aquella libre de prácticas devotas y de rituales absurdos: en otras palabras, una religión natural y racional, sin ninguna interferencia clerical. Los intereses de la Iglesia se ven amenazados con el auge del catolicismo liberal, que trata por todos los medios de conciliar religión y modernidad. En su resistencia al liberalismo, las distintas facciones del pensamiento conservador se unen con el propósito de impedir otra victoria liberal:

[...] una vez que la *setembrina* ha fracasado y los representantes del pensamiento conservador deciden dejar claro que nunca más volverán a bajar la guardia, de modo que otra experiencia revolucionaria no volverá a ocurrir sin encontrar notables resistencias (López, 2008: 202).

La estrategia del bando conservador para acabar con la expansión e influencia del pensamiento liberal es adjudicando el control de las principales instituciones del Estado a la figura del académico, el cual “soltará su furia académica contra todo vestigio de la revolución de las artes” (López, 2008: 201). Y así sucede en el caso de, por ejemplo, don Marcelino Menéndez Pelayo, el cual entre 1880-1900 ocupó distintos cargos relevantes, entre ellos diferentes Academias. Esta táctica político-cultural surge como contraposición a la del artista, el cual había respaldado y alentado la revolución a través de las artes. Paulatinamente, la intransigencia ideológica se hace palpable en las instituciones como consecuencia de las ansias de poder. Según Ignacio Javier López, “[a]ntes de 1868 las actitudes filosóficamente renovadoras habían tenido acceso al ámbito académico donde coexistieron con visiones tradicionales” (2008: 205). Y todo esto cambió tras la revolución, al verse amenazados los privilegios de la Iglesia. Como se puede inferir, la rivalidad entre los bandos liberal y conservador no solo era por una cuestión ideológica o religiosa, sino también de poder e influencia.

## **Efectos del “fanatismo y las costumbres devotas”: el matrimonio de León Roch**

Antes de pasar al análisis de la obra, cabe recordar que Benito Pérez Galdós se proponía crear una novela ideológica que reflejase el rechazo social, influido en gran medida por la Iglesia, a las ideas progresistas. De ahí que, a pesar de su condición de católico, plasme en su obra novelística ideas positivistas, científicas y racionalistas de los siglos XVIII y XIX, así como también hegelianas, fichteanas y krausistas (Correa, 85). De hecho, su preocupación y obsesión no es tanto por la situación social sino por la carencia de una auténtica fe en la sociedad española del XIX. En sus novelas de primera época, Galdós muestra “las consecuencias catastróficas de la intolerancia dogmática, el falso misticismo y la intromisión del clero en la vida íntima del hogar, denunciando al mismo tiempo el aprovechamiento de la religión con fines políticos, personales y egoístas” (Correa, 85). Esta degeneración eclesiástica surge como consecuencia del largo hábito de intolerancia religiosa, unida a la ignorancia, la superstición y la falta de una verdadera fe (Giner de los Ríos, 259). La crítica de Galdós es particularmente palpable en la última novela de tesis, *La familia de León Roch* (1878), cuya concepción, según críticos como Clarín y Giner de los Ríos, está ligada a un fin moral: “mostrar cómo en España la religión, el principio mismo del amor y concordia entre los hombres, se convierte hoy en potencia diabólica de perversidad y de odio” (Giner de los Ríos, 259). Esta última novela, tal y como observa Correa, presenta un doble plano de religiosidad: en el primer plano desfilan una serie de personajes esquemáticos y abstractos que encubren ideologías rígidamente demarcadas y, en segundo plano, está “lo religioso en su dimensión emotiva y estética vinculado al fluir de las pasiones humanas y a la esencia misma de la personalidad individual” (86).

La temática religiosa ha sido tratada por Galdós en sus novelas anteriores desde enfoques distintos. Sin embargo, en *La familia de León Roch*, obra estructurada en tres partes, el novelista se centra sobre todo en “las disidencias religiosas entre una pareja por culpa del espíritu intolerante, seco y ciego del fanatismo” (Clarín, 72). Como veremos enseguida, mediante el desfile de personajes y situaciones deformados, el novelista revela cómo la incomprendición, la incompatibilidad ideológica y la intervención eclesiástica en asuntos privados acarrean consecuencias graves no solo para el matrimonio, sino también para la sociedad. Por tanto, esta novela prueba que “el fanatismo religioso destruye por completo un matrimonio” (Povedano, 131) en una sociedad hipócrita e intransigente donde todo es

fórmula. Por ende, la crítica de Galdós se dirige contra una religiosidad de ceremonia externa y mal entendida.

Se observan dos maneras de entender la religión antagónicas. Por un lado, se encuentra el bando liberal encarnado por León Roch, “un sabio de nuevo cuño, uno de estos productos de la Universidad, del Ateneo y de la Escuela de Minas”, en palabras de don Joaquín Onésimo (I, III, 149)<sup>1</sup>, cuya moral se basa en “la rectitud y el propósito firme de no mentir jamás” (I, XIII, 225). Similar a otros héroes galdosianos, León es rechazado desde un inicio por su comunidad al haber estudiado la ciencia alemana, las teorías oscuras y usar palabrejas ridículas. Este personaje representa las principales ideas progresistas del momento, como el krausismo y el científismo, cuyas teorías eran contrarias al catolicismo. Desde una edad temprana, León se inclinó profesionalmente por las ciencias naturales y experimentales. Sin embargo, ese “colosal talento” del que habla el Marqués de Fúcar nunca se pone en acción: simplemente aparecen bosquejos de instrumentos, como muestra la descripción de la estancia de trabajo del protagonista (II, VIII, 372), pero ningún uso. Además de su condición de hombre de ciencias, León Roch se guía moralmente por las ideas krausistas. En su juventud, el geólogo había trazado un ideal para la vida basado en una “existencia sosegada, virtuosa, formada del amor y del estudio” (I, XIII, 228). Soñaba con un matrimonio bien realizado, del cual surgiría una gran familia: la mujer sería “amante y sumisa, de clara inteligencia y corazón” y los hijos “pedirían piando el pan de la educación” y desarrollarían “con derechura el ser moral y físico” (I, XIII, 229). Todas estas premisas, mencionadas en apartados anteriores, son las bases del Krausismo y están referidas también en *La Minuta* de Azcárate. Tanto el testador como el personaje galdosiano “consideran la vida como el desarrollo de un plan preconcebido trazado de manera puramente racional, donde no se da cabida a lo espontáneo” (Aparici Llanas, 154). Ambos personajes aspiran fundamentalmente a formar una familia tolerante con su condición de hombre cristiano y de ciencias. En *La familia de León Roch*, no obstante, a pesar de haber meditado y calculado cada paso “con la escrupulosidad de un químico que pesa gota a gota los elementos de una combinación”, el protagonista se enamora como un adolescente (I, VII, 177). En un descuido, un incendio de la imaginación destruyó el carácter de hombre racional y serio que tanto lo singularizaba. Incluso el resto de los personajes se burlan de la actitud irracional de León, especialmente el narrador: “sería gracioso que se dejase arrastrar por la imaginación quien

---

<sup>1</sup> En adelante citaré la obra indicando, la parte, el capítulo y la página respectivamente.

tanto se jactaba de tenerla por esclava” (I, VIII, 187). De poco le ha servido su filosofía racional ya que solo un instante de fantasía y carne ha quebrado todo un ideal de vida. Dejarse llevar por el instinto o la imaginación va en contra de los preceptos krausistas. Sin embargo, según López-Morillas, este descuido no es tan grave como el hecho de intentar explicar racionalmente actitudes que son contrarias a la razón (99). León trata de convencerse a sí mismo y al lector de que este error inicial no afectará en gran medida su plan de vida, lo cual resulta falso. Según el krausista, la hermosura de María escondía mucho más: “pero hay más, hay mucho más. [...] en efecto, hallé dentro de aquella hermosura un verdadero tesoro, no menos grande que la hermosura misma que lo guardaba” (I, VII, 178). Sigue adelante, pues, con el plan de convertir a su esposa a su imagen y semejanza, aludiendo al cultivo de las facultades del *Ideal*. A propósito de la educación de la mujer, afirma el testador de *La Minuta*: “condición indispensable para su propia felicidad y para que pueda contribuir a la de su marido y preparar la de sus hijos” (Azcárate, 177). Pilar Faus sintetiza la educación de la mujer española en el siglo XIX en: “una formación religiosa memorística sin fondo alguno, una ortografía pésima, las cuatro reglas de la Aritmética, ningún conocimiento de Historia ni de Geografía, piano y francés mal aprendidos y, en conjunto, ninguna preparación para la vida” (cit. Aparici Llanas, 73). Como se puede advertir, la educación de las mujeres era bastante deficiente en la época. Por este motivo los krausistas insistían tanto en el cultivo intelectual de la población, cuyo conocimiento cultural y pensamiento crítico eran nulos. Por tanto, la formación de un matrimonio y una familia sólidos depende mayoritariamente de la educación de la esposa puesto que esta significa no solo a la mujer, sino a todo su entorno familiar y social. De esta manera, los esposos serán más propensos a compartir alegrías, así como preocupaciones, ideas, creencias, intereses, etc. Solo cuando exista esta compatibilidad y armonía dentro del matrimonio y su entorno inmediato, podrá el individuo aplicar y cumplir con su cometido de mejorar la sociedad. Así, la estructura familiar constituye en menor escala un modelo de la sociedad perfecta a la que aspiraban los krausistas.

La esposa elegida, aunque no tan elegida, de León Roch es una mujer de belleza sobrehumana, pues posee unos rasgos que recuerdan a la Minerva ateniense y a Melibea. María Sudre y su familia constituyen el otro bando antagónico al progreso. La joven goza de una belleza superior a cualquier mujer de su entorno, pero sus imperfecciones y su mojigatería opacan su atractivo (I, III, 148). En palabras de López-Morillas, María es la

antítesis a la mujer ideal del krausista, pues “no reúne ninguna de las cualidades que busca León para forjar su familia ideal [..., sino que] es necia, cruel, fanática, soberbia y sensual” (101).

Teniendo en cuenta estos atributos de María y su educación deficiente, es de comprender su preferencia por libros vulgares de rezos cuyas oraciones enrevesadas y gongorinas, “lejos de espiritualizarla, halagan sus sentidos” (Montesinos, 275). Sin embargo, a pesar de la poca instrucción recibida, cabe mencionar que la joven impone sus principios con una firmeza imbatible (Povedano, 131). De hecho, y para sorpresa de León, el carácter de María no era embrionario, sino “[...] formado y duro; [...] bronce ya fundido y frío” (I, VIII, 192). El marido, empecinado en su misión pedagógica, se topa con una voluntariosa “resistencia acerada a plegarse a ciertas ideas y sentimientos” cuando pretende formarla. Sus esfuerzos por alterar el juicio de su mujer son en vano, “pues al contrario de los elementos que se combinan en un compuesto químico, los que se confunden en el complejo humano son refractarios a todo análisis racional” (López-Morillas, 102). Una vez más, el krausista tropieza con aspectos del ser humano que no pueden ser objeto de la razón porque forman parte de la experiencia.

Como se ha dicho en apartados anteriores, el testador de Azcárate narra su crisis religiosa y las consecuencias que esta podría acarrearle tanto en su vida personal como en la social. En el testamento hay una conciliación entre ciencia y religión, además de un dominio de la razón sobre los sentimientos, pues la elección de la esposa no depende de sus atributos físicos. Por tanto, en contraposición al personaje galdosiano, el testador eligió con sumo cuidado a su futura esposa, pues esta debe ser “discípula ejemplar en cuyo fértil entendimiento y fina sensibilidad puede el marido sembrar sus discretas pedagogías” (López-Morillas, 106). En cambio, en el caso de León, aunque la crisis religiosa aparece resuelta, “no hubo elección, no” a la hora de escoger su futura esposa (I, VII, 177). Asimismo, María Sudre no solo es reacia a cultivar las creencias de su esposo, sino que ella también trata de “imponerle las «buenas formas» de una hipócrita devoción elegante” (López-Morillas, 107). Para dicha misión, la mujer recurre a tácticas seductivas, convirtiendo el matrimonio en un concubinato: “eran dos seres divorciados por la idea en la esfera de los sentimientos puros y unidos en el campo turbulento de la fisiología” (I, XIV, 234). De una mujer superior y decente, la esposa se rebaja al nivel de una cortesana para repudiar a su marido, un “ser extraviado y vitando en el orden intelectual” (I, XIV, 231). María esquiva a León a toda costa y abusa de su libertad de culto, llegando incluso

a llenar el hogar de perfumes, sermones y damas. Su actitud hace que el divorcio moral sea inminente y absoluto. La reacción de León tampoco se hace esperar y este reprocha a su mujer “la atención excesiva a los asuntos de la Iglesia”, manifestando también que “ni esto es matrimonio, ni eres tú mi mujer, ni yo soy tu marido” (I, XIV, 235). Con esta reprimenda, el krausista consigue que su mujer abandone ciertas prácticas y abusos. Sin embargo, la paz mental de León no dura mucho puesto que aparece uno de sus mayores enemigos, Luis Gonzaga, cuyo gozo consiste en mortificarse físicamente para imitar en lo posible “al glorioso niño de quien tomó el nombre” (I, XVIII, 268). Luis había desarrollado junto a su hermana cierta inclinación por la lectura de santos, especialmente aquellas historias de padecimientos, trabajos y martirios. De niños, los gemelos quisieron ser martirizados como Santa Teresa yendo en busca de “un par de moros que los descuartizaran” (I, VIII, 189). Con el fallecimiento de la abuela, los hermanos tomaron caminos distintos: María fue enviada a un convento y Luis al extranjero. La estancia en Francia descubrió al joven Luis Gonzaga las principales doctrinas religiosas, especialmente el ascetismo, el cual aspiraba a la perfección espiritual, repudiando todo lo material y llevando una vida de ermitaño. Una extraña enfermedad, sin embargo, obliga al asceta a volver a casa.

De esta manera, la tregua que María y León habían establecido en su hogar se quiebra con el regreso de Luis, que trata de romper la armonía matrimonial. En el capítulo XXI tiene lugar un combate ficticio entre León y Luis Gonzaga, personificado en un insecto que crece y se transforma en ángel. En una escena anterior al enfrentamiento, tanto los gemelos como el krausista se maravillan contemplando el firmamento, aunque cada uno hace una lectura distinta del universo. León presume de su conocimiento astronómico nombrando y describiendo constelaciones, mientras que Luis, tumbado en el jardín con María, habla sobre la grandiosidad de Dios. En un recorrido por las diferentes estancias de su hogar, el krausista va a parar al gabinete del asceta donde cae rendido debido al cansancio. En sueños, el protagonista cree estar acompañado de distintas constelaciones, además de poseer cierta fuerza y velocidad para enfrentarse al delgado maniquí negro que lo acecha. León recrimina al insecto, o sea el asceta, el haberse metido en su vida privada. Lo acusa de “gobernar el hogar ajeno” y acabar con su última esperanza. Cegado por la ira, León aplasta/estruja al insecto entre sus brazos:

—¿Quién te autoriza a quitarme lo que me pertenece?... ¿Quién eres tú?... ¿De dónde has venido con tu horrible orgullo disfrazado de virtud?... ¿De qué te vale el desollarte vivo si no tienes verdadero espíritu de caridad? ...» (I, XXI, 294)

Con las emociones a flor de piel, León no puede resistir la tentación de asesinar metafóricamente —aunque, al final, Luis muere de verdad— al culpable de su infelicidad y penas. El krausista, dominado por la irracionalidad, reprocha al asceta su poder sobre María, sus fallas, pero, sobre todo, su falta de caridad. Por más que rechace el materialismo y sus comodidades, la religiosidad de Luis no es verdadera, carece de compasión. Un buen sacerdote no trataría de destruir una institución que la Iglesia misma creó y permitió. Por lo que Luis se sirve del vínculo y cercanía con su gemela no para guiarla espiritualmente, sino para desviarla de la posible felicidad que habría tenido junto a León.

A pesar de todos los esfuerzos de este último, el cuerpecillo del insecto revive y se transfigura en un ángel, envuelto por unas esplendorosas alas. Ambas figuras desenvainan sus espadas de fuego, listos para luchar y defender lo suyo. Sin embargo, el combate no se produce por la interferencia de María que, apoyando a su hermano, tilda a su marido de “impío” (I, XXI, 294). Este capítulo es simbólico porque supone la primera victoria de la religión, encarnada por el ángel Luis Gonzaga, frente a la ciencia y el progreso, representados por León. El regreso y la convivencia de Luis con la pareja han influido sobremanera en la actitud de María, quien acaba con la última esperanza de salvar el matrimonio. Por su parte, León, impulsado por sus instintos irrationales, se venga de Luis caminando con una parsimonia cruel cuando este exhala su último aliento.

Tras la muerte de su gemelo, María emprende la misión de reformar completamente su vida, dejando atrás las vanidades del mundo y consagrándose a la purificación del alma. Las exhortaciones de Luis no son propias de un asceta, pues estas implican sobre todo el rechazo y abandono de León y sus ideas filosóficas: “Entre él y tú no puede haber jamás sino la unión exterior, y vuestras almas estarán separadas por los abismos que hay entre el creer y el no creer” (I, XX, 287). Según el gemelo, la esterilidad de María es una bendición, pues así no manchará su imagen cargando hijos de un ateo. Por otro lado, López-Morillas afirma que la esterilidad de María recalca “el nulo contenido humano de la perversa coyunda” (107), pues teniendo en cuenta las mencionadas características y actitudes de la mujer, este matrimonio es de todo menos un matrimonio ideal. Por tanto, la verdadera intención de Luis es que su hermana adopte una vida de mortificación y

martirio como la suya para que puedan seguir siendo gemelos eternamente. Por eso le aconseja tenerlo siempre presente (I, XX, 287). A propósito de esta relación fraternal que raya en el incesto, afirma Correa: “Ávila representa la matriz de su ser espiritual del mismo modo que el vientre de su madre fue el habitáculo común de su ser fisiológico” (Correa, 91). Asimismo, la esterilidad de María favorece y asegura esta fusión espiritual y de *gemelismo*.

La belleza angelical de María se transforma en una figura demacrada, en “una inquisición en forma de mujer”, arisca y regañona, vestida de pardo (II, III, 327). A estas alturas de la relación, la convivencia de la pareja es mínima, pues ambos pasan el menos tiempo posible juntos. La vida matrimonial de León es una burla irónica del ideal de vida que tanto deseaba: su entorno ha perdido la luz original y se ha convertido en “una casa de hielo y tristeza que oprime el corazón” (II, III, 324). En cuanto a la exagerada devoción de María, dice el matemático: “[...] en ti no hay verdaderos sentimientos, sino afanes caprichosos, una terquedad horrible y un misticismo árido y quisquilloso que excluye el amor verdadero [...]” (II, III, 326). La religión que profesan María y sus admiradores es deletérea, es decir, practican un cristianismo como “agente disociativo, fuente de odio y perversión” (López-Morillas, 115). Si profesaran una religión auténtica y verdadera, no habría tantas desavenencias puesto que la base de toda fe es el respeto y la tolerancia. Por tanto, la supuesta santidad de María no es más que “un basilisco de displicencia y acritud” que crece enormemente tras la muerte de su gemelo y que acaba con la tranquilidad y la paciencia de León (II, III, 327). La situación se hace tan insopportable para el marido que dice ya no más y se muda a Suertebella. La prolongada ausencia del esposo despierta en María una sensación extraña que, a pesar de recurrir a sus métodos de execración, no se desvanece, sino que crecía cada vez más (II, XIII, 435). Su impasibilidad e indiferencia inicial se resquebrajan por una revolución interna que la insta a exigir explicaciones como esposa legítima, todo y vestida de cortesana. León, por otra parte, le recrimina a su esposa los abusos psicológicos: “me mortificaste con tus necios escrupulos, con tus recriminaciones crueles” (II, XVI, 468). Una vez más, la actitud y aspecto de María son impropios de una persona religiosa: “No sé de qué sirve la santidad que ignora hasta el fundamento primero de toda doctrina” (II, XVI, 470), reprocha León a su mujer en la escena en la que María destroza la muñeca de Monina como si se tratara de la hija de Pepa Fúcar. Su conocimiento de la religión se basa en los sermones de la Iglesia y las charlas con su hermano: “arrastrada a una santidad enfermiza por las ardientes

amonestaciones de tu hermano, pusiste una muralla de hielo entre tu corazón y el mío” (II, XVI, 468). De ahí que se deje llevar fácilmente por los rumores y la calumnia social. Ante la desconfianza y difamación de su mujer, León propone separarse definitivamente y cortar lazos de manera sana. En un principio, María es poseída por “cierta idealidad contemplativa” y veía lo hermoso y atractivo que era su esposo (II, XVI, 471), pero, una vez terminada su ensoñación, exclama: “¡No, mil veces no!” (471). Como se mencionó más arriba, una de las virtudes krausistas es la honestidad, por lo que, cuestionado por su mujer, León afirma no amarla, pero miente sobre la dueña de su corazón, Pepa (II, XVI, 473). Habiendo captado la mentira, María solo podía exclamar: “Te ahogo, te ahogo siquieres a otra...” aferrándose a él en un abrazo epiléptico (II, XVI, 476). Perdida la dignidad y la compostura de mujer mística, María se deshace en llanto y se desmaya en manos de su marido. La esposa cae enferma y en un momento de lucidez, reza por su salud con el padre Paoletti, pidiendo internamente:

“Que yo me salve, aunque para salvarse tenga que hacer pedazos la ley fundamental del matrimonio, y que mientras yo abandono lo humano para aspirar con ferviente anhelo a lo divino, mi marido, este hombre que la Iglesia me dio para mi regalo, me quiera mucho, muchísimo, guardándose muy bien de mirar a otra” (III, IX, 548).

Como se puede observar, aun en su lecho de muerte, María no abandona su egoísmo y posesión. Ya no pretende atraer a su marido al camino recto de la religión, sino que este le sea eternamente fiel. Fluctuando entre la conciencia y el delirio, la paciente empeora al revivir los últimos sucesos, entre ellos el abandono y la supuesta infidelidad del marido. De hecho, saber que León ama a otra mujer hace que se sienta “menos ganosa que otras veces de saborear la miel regalada de aquel panal de misticismo” (III, XIII, 581). A pesar de los esfuerzos de la familia y la Iglesia por apaciguar el alma de la moribunda, a esta solo le importa recuperar el amor de su marido. Viendo esto, el padre Paoletti la amonesta por su materialismo, y justifica su devoción extrema y el abandono al esposo: “Bueno que le niegue usted su dulcísimo espíritu: [...] de esas galas divinas reclamadas por quien las creó” (III, XIII, 585). El padre Paoletti, “representante de una turbia milicia que pone cerco a las conciencias con ayuda de la superstición y la astucia” (Morillas, 111), abusa de su papel de dirección espiritual y se inmiscuye en el matrimonio de la pareja. En los capítulos iniciales de la última parte, León condena esta práctica habitual de los sacerdotes: “El dueño de la conciencia de mi mujer, el gobernador de mi casa, el árbitro de mi matrimonio, el que ha tenido en su mano un vínculo sagrado para atarlo y desatarlo

a su antojo” (III, III, 505). En lugar de guiar las almas perdidas a la salvación, el jesuita ejerce su influencia y se inmiscuye en asuntos ajenos a su profesión, además de participar de los chismes: “no hará otra cosa que contarme lo que ya sé, lo que sabe todo el mundo” (III, III, 505). De hecho, el padre tenía un “don ingénito” ya que leía a las personas y utilizaba el “artificio de ojeadas y reclamos dulces para descubrir secretos” (III, VI, 527). Citando a Aparici Llanas, el principio básico de esta religiosidad es “la hipocresía y la sinceridad de la vida religiosa [que] se sacrifica a intereses personales” (97). De hecho, Galdós no es el único que denuncia la falsa moral y beatería de la sociedad española decimonónica, también lo hace Azcárate a través del testador. Sin embargo, cabe recalcar que la crítica no es contra la religión en sí, sino contra ciertas formas y actitudes totalmente opuestas a ella.

Asimismo, en el capítulo denominado irónicamente «Fuegos parabólicos», León acusa al padre y a los clérigos de profesar una religión cuya esencia no comprenden en su integridad:

“Para el que no conoce el amor sino por el pecado, para el que no siente el amor, sino que solamente lo oye, recibiendo aquí (y señaló la oreja) los secretos de los que aman, la vida del corazón es un misterio incomprendible. Él no ve más que deberes cumplidos o faltas cometidas. [...] El que no ha bebido jamás, solo concibe el gusto insípido del misticismo o el amargor del pecado.” (III, VII, 538).

Como se puede inferir, la religión de estos sacerdotes es solo fórmula, pues no comprenden la esencia de la verdadera fe y se dedican únicamente a señalar faltas o pecados. En la escena de la cena, además de conversar sobre el grave estado moral de María, de trasfondo se escucha un debate similar al de la *Polémica de la ciencia española* (1876), que surgió a raíz de una publicación de Gumersindo de Azcárate en unos artículos de la *Revista España*. Se trata de un debate ideológico en torno a la existencia o no de una tradición científico-filosófica española y, en caso de haberla, la importancia e influencia que esta tiene en el pensamiento universal (Fernández García, 77).<sup>2</sup> En contraposición, la

---

<sup>2</sup> “Según que, por ejemplo, el Estado ampare o niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más o menos su peculiar genialidad en este orden y podrá hasta darse el caso de que se ahogue casi por completo su actividad, como ha sucedido en España durante tres siglos” (citado en Abellán, 363). Basándose en esta cláusula, Marcelino Menéndez Pelayo, apoyado por su maestro Gumersindo Laverde, inicia la polémica exponiendo las contribuciones españolas a diferentes disciplinas. Menéndez entendió que esos tres siglos mencionados por Azcárate eran los siglos XVI, XVII, y XVIII, cuando en realidad el intelectual krausista se refería a las postrimerías del siglo XVI, el XVII y el XVIII, y el comienzo del XIX. Por tanto, la polémica tiene un carácter accidental, pues se origina a partir de un equívoco. Azcárate hace “una lectura de la historia de España desde la perspectiva de la conexión, benéfica o perjudicial, entre

disputa entre el sacerdote y León es sobre el peligro que suponen las ciencias para una mente católica y, por otro lado, el formulismo y el despotismo de la religión, representada por “ministros de la intrusión y del abuso religioso” (III, VII, 539). Tanto en la *Polémica* como en la novela hay dos bandos totalmente antitéticos: el bando tradicional, respaldado por la Iglesia, y el bando progresista. Mientras el sector religioso idealiza su pasado glorioso, el positivista aboga por una implantación de ideas extranjeras para el perfeccionamiento de la sociedad (Fernández García, 90). Por ende, en ambos debates aparecen enfrentados representantes del catolicismo y del Krausismo.

En esas invectivas que se lanzan León y el padre Paoletti se compara metafóricamente la honradez de María con la pureza y aroma de un lirio, un tesoro de las más altas prendas y una fuente cristalina que es corrompida por la influencia de la Iglesia, representada por un hipopótamo y una mano depuradora (III, VII, 537). Esta interferencia religiosa en los asuntos privados hace que la “devoción embrutecedora, rutinaria, absurda” de María cree un abismo insalvable entre la pareja.

Por otra parte, tanto el decaimiento físico y moral de la esposa de León como de la sociedad en general es consecuencia del excesivo poder que ejerce la Iglesia en la vida diaria de las personas. Mientras León procuraba salvar su matrimonio y contribuir a su comunidad, la Iglesia instaba tanto a su esposa como a su entorno a rechazarlo por su fama de ateo: “Yo enseñaba a mi tesoro a creer en mí, y fuera le enseñaban a aborrecerme” (III, VII, 539). De este modo, el protagonista está en todo su derecho de enfrentarse al sacerdote, pues la promesa de goces celestiales acabó con toda esperanza de hacer realidad su ideal para la vida. Con su labor pedagógica, León habría podido disminuir las grandes imperfecciones de su esposa si estas no hubieran aumentado “sometidas a otras corrientes y a otra autoridad” (III, III, 507). El protagonista procuraba, guiándose por los preceptos krausistas, crear un ambiente doméstico tolerante y ejemplarizante para la sociedad.

---

sistemas políticos, libertad de la ciencia y desarrollo científico y filosófico” (Fernández García, 77). Dicho de otro modo, el intelectual indica como principales causantes del atraso científico español el fanatismo religioso y la intransigencia política del Estado. El debate sobre la ciencia española se “convierte específica y explícitamente en polémica sobre la filosofía española” con la intervención de Manuel de la Revilla (Abellán, 364). Menéndez Pelayo, en su defensa de una ciencia y filosofía española, se enfrenta a los positivistas y a los católicos los cuales le reprochan su fe. A pesar de sus diferencias ideológicas, tanto los integristas como los progresistas tienen en común la falta de sentido histórico, que tanto defiende e ilustra la tercera postura representada por Menéndez Pelayo con su erudición. Como telón de fondo, los distintos bandos se reprochan sus ideas políticas.

Además de esto, en sus novelas de tesis anteriores Galdós demuestra que, sin importar la situación, la condición de hombre extranjero y filósofo está condenada a ser aborrecida por una sociedad anclada en el tradicionalismo, respaldado a su vez por las principales instituciones, fundamentalmente la Iglesia. De este modo, el fracaso vital de León se muestra como un resultado inevitable: las condiciones en que se dio el enamoramiento y la incompatibilidad de la pareja, además de la falsa moral social apuntaban hacia un matrimonio desdichado. Bien advertía la “trinidad ilustre” compuesta por el Marqués de Fúcar, D. Joaquín Onésimo y Federico Cimarra al principio de la novela sobre la mala reputación de los Tellería, especialmente la joven María. De hecho, es allí donde aparecen ciertos indicios sobre el fracaso vital del protagonista: “— [...] pues su gran falta es comprometer su juventud, su riqueza, su provenir en ese enlace con una familia desordenada y decadente que le devorara sin remedio” (I, III, 150). Y así sucede. León comete un grave error que perjudica a todo su entorno. Se casa políticamente con una familia que le reprocha constantemente sus creencias cuando esta se caracteriza por su hipocresía y falsa moral. Es más, la familia Tellería es el ejemplo perfecto de la descomposición económica y moral a escala reducida. Cada uno de los miembros de esta familia representa vicios altamente frecuentes en la sociedad española.

La situación se hace insostenible cuando el drama familiar se convierte en un espectáculo social. Toda la sociedad madrileña es consciente del supuesto adulterio de León con Pepa Fúcar y corren rumores sobre la paternidad de Monina. Ahora bien, todos estos rumores sobre el filósofo son falsos, excepto el “haber logrado con la maledicencia rebajar a su víctima al nivel común” (López-Morillas, 108). Incluso la Iglesia se hace eco del cotilleo y culpabiliza a León: “el verdadero traidor al matrimonio, el culpable de hoy es el mismo que lo fue ayer, el culpable de siempre; en una palabra, usted” (III, III, 506). En medio de este ambiente nocivo, León exclama, “Allá se entiendan... Vivan al día” (II, IX, 391), y se retira para ver el espectáculo desde lejos.

León abandona de este modo el principio krausista, señalado en las primera páginas de este trabajo, de la capacidad de reforma social mediante el ejemplo de unos pocos individuos (López-Morillas, 109). Sin embargo, el protagonista no se retira sin antes dejar claro que luchó “con honor, con delicadeza, con habilidad y aun con furia” (III, III, 506). Pero adviértase que su retirada implica también una segunda derrota en su batalla contra el fanatismo religioso. Cabe mencionar, no obstante, que en esta segunda ocasión no solo se enfrentaba al máximo representante de la Iglesia, sino a la institución misma. Povedano

alude esta pérdida a la carencia de una fuerza divina (133). Según el autor, de haber tenido León una fuerza superior dotada por una creencia dogmática trascendente no solo habría podido realizar su ideal, sino que también habría sido capaz de vencer a la Iglesia. Sin embargo, el krausista cuenta únicamente con la fuerza humana racional la cual ha demostrado varias veces, como se ha podido comprobar en el análisis, su incapacidad de actuar en situaciones que están fuera de su dominio. De hecho, al final de la novela León vuelve a encontrarse en una encrucijada cuando debe elegir entre formar una familia con Pepa Fúcar<sup>3</sup> y Monina, aunque sea de manera ilegal a ojos de la sociedad, o respetar sus principios morales. Haciendo de tripas corazón y desatendiendo una vez más los reclamos de Pepa, León renuncia a su felicidad y acepta las condiciones de Cimarra, es decir, mantenerse alejado de su familia. Se trata de una resignación dolorosa, pues, aceptando las consecuencias de sus errores, León reconoce haber fallado en su papel como marido pedagogo y como hombre krausista. Su estancia en la ciudad no ha suscitado ningún cambio en su esposa y mucho menos en su entorno social. De manera que el fracaso individual implica también un fracaso colectivo, pues la sociedad continúa anquilosada en sus esquemas medievales en cuanto al desarrollo se refiere. Tal y como se advierte en la carta del Marqués de Fúcar, la corrupción política y económica sigue infectando a la sociedad. Lo mismo se podría aplicar a la religión: después de la muerte de María Sudre, de seguro que la Iglesia anda infectando de fanatismo a otras mujeres y destruyendo otros matrimonios. A mi modo de ver, el fracaso del krausista no se debe a su incapacidad, sino a la vasta influencia que la Iglesia ejerce sobre la sociedad decimonónica. León no se enfrenta únicamente a María, sino que esta es apoyada por su familia, los sacerdotes (Luis Gonzaga y el padre Paoletti), su entorno social, hasta se podría incluir a la institución católica misma.

---

<sup>3</sup> En comparación con el resto de los personajes, el de Pepa Fúcar es el que más crece, tanto física como psicológicamente. Es una joven cuya belleza que, aunque no corresponde al canon estético de la época, con el tiempo logra enamorar a León Roch. De una adolescente frívola y caprichosa evoluciona a toda una mujer hecha y derecha. Es un personaje “elevad[o] moralmente gracias a la maternidad” (Aparici Llanas, 76), que la enriquece humanamente, pues, a pesar de su infeliz matrimonio, su vida cobró sentido al dar a luz a Monina. De hecho, es precisamente la niña la causa del enamoramiento de León y sus ansias frustradas de ser padre. Pepa Fúcar y su hija son la familia ideal que el krausista tanto deseaba formar y no pudo. Sin pretenderlo, ambas entraron en la vida de León y ocuparon el vacío que tanto lo afligía. Sin embargo, esta felicidad es solo pasajera, pues los encuentros de Pepa y León despiertan los celos de María y, además, “reviven” a Cimarra.

## Conclusiones

*La familia de León Roch* (1878) es la última novela de tesis escrita por Benito Pérez Galdós. En ella el novelista denuncia el aspecto destructor de una religión intransigente y mal entendida, particularmente, los estragos producidos por el dominio que la Iglesia ejerce sobre la mujer. Esta es la realidad de León Roch: su esposa, influenciada por su educación religiosa y los representantes de la Iglesia —su hermano Luis y el padre Paoletti— acaba destrozando física y metafóricamente al marido. María, intransigente con su marido como la Iglesia, pierde su esencia y convierte su matrimonio en un concubinato, mientras que León se enfrenta a todo tipo de dificultades por ser librepensador. Una de las causas del fracaso matrimonial y familiar de León Roch es, en parte, la inexistente educación de su esposa —requisito imprescindible para vivir en armonía, pues, como se ha demostrado, la incomprendición y el desapego conducen a un matrimonio fanático—. Debido al poder ejercido por los sacerdotes, León poco puede hacer para tolerar el fanatismo de su esposa. De hecho, su fascinación por María Sudre es temporal ya que pronto se percata de su carácter duro como el hielo. La novela es, por tanto, una fuerte crítica contra el fanatismo religioso de las mujeres, célula familiar importante para la formación de un matrimonio fortalecido.

Por otra parte, León también es culpable de su propio fracaso vital puesto que desde un inicio su dominio de los instintos y sentimientos zozobra. Las condiciones en que se produjo el enamoramiento no son propias de un hombre serio y racional. Aun así, el krausista confía en poder formar a su mujer, lo cual resulta una decepción porque María es inmoldeable. León se dejó seducir por la aparente inocencia y belleza de su esposa sin saber que detrás de su aspecto angelical se escondía una mojigata. Por tanto, el protagonista no solo se enfrenta a ideologías características de la sociedad, como el falso misticismo y el fanatismo inmisericorde, sino que también está en continuo conflicto con él mismo. A causa de esto, su condición de hombre recto y honesto fluctúa en algún que otro momento. Estos impulsos naturales del personaje demuestran que hay aspectos del ser humano que escapan a la razón. Sus deslices, en suma, son una prueba de que el ser humano no puede ignorar sus instintos por más subordinado que tenga al corazón.

Finalmente, a propósito de su condición de krausista y de hombre de ciencia, el personaje es marginado y condenado socialmente desde el principio porque lo consideran distinta, materialista y tiene fama de ateo. Su profesión le acarrea problemas para con su familia

política y la sociedad puesto que son incapaces de ver la compatibilidad entre religión y ciencia. De hecho, las ideas extranjeras y progresistas eran consideradas enemigas del catolicismo. De ahí, una vez más, el fracaso del protagonista. El cerco social de León sigue una religión basada en la hipocresía, la intolerancia y la falsa moral que impiden tanto el progreso social como personal. Las ideas filosóficas del krausista son rechazadas principalmente por la Iglesia porque suponen un peligro para sus intereses. Mediante la influencia que ejerce sobre la mujer, en este caso sobre María Sudre, la religión vence al progreso repetidamente. León es derrotado en su lucha contra el falso ascetismo, el misticismo exagerado y la injerencia del clero en la vida privada. Esto demuestra cuán arraigado y abarcador es el dominio eclesiástico. De hecho, los representantes de la Iglesia siempre están presentes en cualquier reunión o fiesta familiar. Por último, cabe mencionar también que, mientras el bando encarnado por la religión contaba con el respaldo de la familia Tellería y la sociedad, León Roch luchaba solo.

En definitiva, la novela es una burla sarcástica del destino de León Roch, pues el carácter no maleable de su mujer y la intromisión familiar y eclesiástica en el matrimonio impidieron la formación de una verdadera familia. Ante la imposibilidad de hacer realidad su ideal de vida, el protagonista relega de su mujer y su familia, resignándose a vivir solo y aceptando las consecuencias de sus acciones.

## Bibliografía

### Fuentes primarias

- AZCÁRATE, Gumersindo de. *Minuta de un testamento*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez, 1876.
- «CLARÍN», Leopoldo Alas. “*La familia de León Roch.*” *Galdós, novelista*. Ed. Adolfo Sotelo Vázquez. Barcelona: PPU, 1991. 67-81.
- GALDÓS, Benito Pérez. *La familia de León Roch*. Ed. Íñigo Sánchez Llama. Madrid: Cátedra, 2003.
- GINER DE LOS RÍOS, Francisco. “Sobre *La familia de León Roch.*” *Benito Pérez Galdós*. Ed. Douglas M. Rogers. Madrid: Taurus, 1979. 257-268.

### Fuentes secundarias

- ABELLÁN, José Luis. “Menéndez Pelayo y la polémica de la ciencia española.” *Cuadernos Salmantinos de Filosofía* 2 (1975): 363-376.  
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=495616>
- APARICI LLANAS, María del Pilar. *Las novelas de tesis de Benito Pérez Galdós*. Barcelona: CSIC-Instituto Milá i Fontanals-Instituto de Filología, 1982.
- BESER, Sergio. *Leopoldo Alas, crítico literario*. Madrid: Gredos, 1968.
- CORREA, Gustavo. “Configuraciones religiosas en *La familia de León Roch* de Pérez Galdós.” *Revista Hispánica Moderna* 26.1/2 (1960): 85-95.
- DORCA, Toni. “Reformulando la poética de la novela española del XIX: el caso del relato de tesis.” *Revista Hispánica Moderna* L 2 (1997): 266-279.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Eusebio. “La polémica de la ciencia española (1876-1877). ¿Un debate ideológico acerca de las dos Españas?” CIAN. *Revista de Historia de las Universidades* 8 (2005): 71-96.  
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1382299>
- GÓMEZ-MARTÍNEZ, José Luis. “Galdós y el Krausismo español”. *Nueva Revista De Filología Hispánica (NRFH)*, Vol. 32.1 (enero de 1983): 55-79.
- LÓPEZ, Ignacio Javier. “Revolución, Restauración y novela de tesis”. *Revista Hispánica Moderna*, LII, 1 (1999): 5-23.
- \_\_\_\_\_. *Pedro Antonio de Alarcón (prensa, política, novela de tesis)*. Madrid: Ediciones de la Torre, 2008.
- LÓPEZ-MORILLAS, Juan. *Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología*. Barcelona: Ariel, 1972.

MONTESINOS, José Fernández. *Galdós*, I. Madrid: Castalia, 1968.

POVEDANO, Francisco. “Conflictos y claves de interpretación en *Doña Perfecta, Gloria y La familia de León Roch.*” *Benito Pérez Galdós: aportaciones con ocasión de su 150 aniversario* (1996): 119-137.

RODGERS, Eamonn. “El krausismo, piedra angular de la novelística de Galdós”. *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* 62 (1986): 241-253.